

Walter Auerbach sobre La revuelta árabe en Palestina

Por Walter Auerbach y Paul Mattick

Introducción

Por Endnotes

En 1936, el Grupo de Comunistas de Consejos de Ámsterdam publicó en holandés y alemán *El levantamiento árabe en Palestina* y *La tierra prometida: informe desde Palestina*, mientras que este último apareció en inglés en la Correspondencia del Consejo Internacional de Paul Mattick. Aunque no están firmados, ambos artículos parecen haber sido escritos por Walter Auerbach, que había llegado a Palestina en 1934. Auerbach había sido escenógrafo y director de teatro en Alemania y había trabajado estrechamente con Bertolt Brecht. También formó parte de un círculo comunista de consejos en Berlín que incluía a Karl Korsch. Uno de los muchos refugiados políticos que huyeron de Alemania a principios y mediados de la década de 1930 para escapar de la persecución del régimen fascista, Auerbach se unió inmediatamente a un grupo antifascista en Tel Aviv. Allí fue testigo del estallido de la revuelta árabe en Palestina

(1936-1939), que consistió en varias oleadas de rebelión armada contra el dominio británico y la migración sionista, liderada principalmente por campesinos árabes (fellahin).

El levantamiento árabe en Palestina ofrece un relato contemporáneo único de la primera etapa de la revuelta desde una perspectiva comunista de consejos. La revuelta árabe (a veces llamada simplemente “La Gran Revuelta”) se presenta a menudo como un levantamiento nacionalista lanzado por el Mufti de Jerusalén, quien anunció una huelga general contra los británicos y los sionistas el 16 de mayo de 1936. Auerbach reconoce el papel de las élites árabes, pero se centra en las causas económicas de la revuelta, específicamente el desplazamiento de los fellahin de sus tierras en las décadas anteriores. Esto ocurrió primero a instancias de los grandes terratenientes árabes (effendi) que consolidaron la producción agrícola según líneas capitalistas o vendieron tierras de los campesinos a inmigrantes judíos o colonias agrícolas, y segundo como resultado de un colapso de los precios agrícolas que llevó a la quiebra a los agricultores cada vez más dependientes del mercado. La visión de Auerbach de los fellahin que se rebelaron contra estas condiciones de empobrecimiento es coherente con los estudios recientes que han

interpretado la revuelta como en parte una guerra civil dentro de la sociedad árabe palestina.¹

La tierra prometida: informe desde Palestina ofrece un amplio contexto sociológico y económico al análisis de Auerbach sobre la revuelta. El objetivo del informe era “ofrecer un panorama de las condiciones y posibilidades contemporáneas” en la región.² Auerbach había propuesto inicialmente que todo el grupo antifascista de Tel Aviv participara en la investigación, la redacción y la edición como un medio para unir al grupo en una actividad colectiva. Sin embargo, el grupo estaba dividido internamente, y los miembros más prosoviéticos desconfiaban profundamente de lo que consideraban el “anarquismo” de Auerbach. Y el informe, al final, fue obra exclusiva de Auerbach. Ofrece un panorama general de las condiciones agrícolas, industriales y de la cadena de suministro en Palestina, descripciones de las fuerzas de trabajo árabes y judías y un recuento de los diversos

¹ Kenneth W. Stein, “La economía rural de Palestina, 1917-1939”, *Estudios sobre el sionismo*, vol. 8, núm. 1 (1987); págs. 25-49; Mahmoud Yazbak, “De la pobreza a la rebelión: factores económicos en el estallido de la rebelión de 1936 en Palestina”, *Estudios de Oriente Medio*, vol. 36, núm. 3 (julio de 2000), págs. 93-113; Daniel Bitton, “Nación, narración y confusión: un punto ciego mutuo en las narrativas históricas del conflicto israelí-palestino”, tesis presentada en el Departamento de Antropología de la Universidad McGill, Montreal, diciembre de 2013.

² Walter Auerbach a Paul Mattick, 30 de septiembre de 1935 (archivo Mattick, Instituto Internacional de Historia Social).

partidos y movimientos políticos que competían por la supremacía. A pesar de un lenguaje anticuado que puede parecer ofensivo hoy, estos artículos se adelantaron a su tiempo y fueron notablemente proféticos en su énfasis en la naturaleza racista y colonial del proyecto sionista. Sin embargo, Auerbach ve el colonialismo de asentamiento en Palestina como un método peculiar de “acumulación primitiva” en el verdadero sentido del término: no como un simple robo de tierras o recursos, sino como una manera de separar a los productores de los medios de producción y, de ese modo, poner en marcha las Meras compulsiones de las relaciones sociales capitalistas.

Un año después, Auerbach escribiría otro artículo sobre Palestina, bajo el seudónimo de Abner Barnatan, que Paul Mattick tradujo y publicó en *International Council Correspondence*. *Los camisas pardas del sionismo* comienza donde concluye *La tierra prometida*, con un análisis de la influencia fascista dentro de las organizaciones que abogaban por un estado judío en Palestina. El nacionalismo sionista, que se inspiraba en los acontecimientos de Italia y España, en lugar de Alemania, fomentaba una identidad de intereses dentro de la población judía, en la que la defensa basada en la clase fue sustituida por ideologías religiosas, nacionalistas y racistas. Para Auerbach, este era el contenido fascista de la doctrina sionista, que, según él (como la mayoría de los antifascistas

de su época), encontraba su electorado natural entre los elementos sociales pequeñoburgueses.

El artículo final que se reproduce a continuación, *Un enfoque "marxista" de la cuestión judía*, fue redactado por Auerbach pero reescrito por Paul Mattick. Concebido como una reseña de un libro, retoma las ideas de Ber Borochov, un influyente escritor y político sionista de izquierda. Las comillas en el título (escrito una década antes del ensayo de título similar de Abraham Leon) transmiten ironía, ya que ni Auerbach ni Mattick pensaban que el marxismo pudiera reducirse a un conjunto singular de ideas o proposiciones. Este ensayo también conecta el nacionalismo sionista con sus fundamentos racistas y coloniales.

Auerbach no permaneció mucho tiempo en Palestina. Sus opiniones antinacionalistas y antirracistas le dificultaron encontrar camaradas comprensivos. Él y su pareja también lucharon por ganarse la vida. Ellen (Pit) Auerbach había sido una fotógrafa famosa en la Alemania de Weimar y la pareja intentó, sin éxito, dirigir un estudio de fotografía infantil llamado Ishon ("la niña de mis ojos"). Se mudaron a Estados Unidos a principios de 1937, donde Korsch le puso en contacto con Mattick. Durante las dos décadas siguientes, los Mattick y los Auerbach mantuvieron estrechas relaciones personales y políticas,

pero sus intentos de reconstruir una tendencia comunista de consejos en Estados Unidos no tuvieron éxito.³

³ Para obtener información sobre Korsch, Auerbach y Mattick, véase: *Karl Korsch, Gesamtausgabe, Briefe, Bande 8-9* (Stichting beheer IISG/Offizin, 2001); y Gary Roth, *Marxism in a Lost Century* (Brill/Haymarket, 2015). “Nos gustaría agradecer a Gary Roth por ayudarnos a redactar esta introducción”.

El levantamiento árabe en Palestina

Por *Walter Auerbach*⁴

“La burguesía, con el rápido perfeccionamiento de todos los medios de producción y los medios de comunicación inmensamente facilitados atrae a la civilización a todas las naciones, incluso a las más bárbaras. Los precios baratos de las mercancías son la artillería pesada con la que derriba todas las murallas chinas, con la que obliga a capitular al odio intensamente obstinado de los bárbaros hacia los extranjeros. Obliga a todas las naciones, so pena de extinción, a adoptar el modo de producción burgués...”

Lo ocurrido en Palestina confirma una vez más lo que dice el *Manifiesto Comunista* sobre el papel revolucionario del modo de producción capitalista. También en Palestina, una producción feudal obsoleta está siendo desplazada por la capitalista, y esto ocurre en su forma moderna actual, dotada de medios de trabajo y de transporte, con métodos de producción y organización que responden a las normas más elevadas. Tanto más

⁴ Cabe señalar que no hemos confirmado que Walter Auerbach fuera el autor de este texto. Publicado por primera vez en holandés como *De opstand van de Arabieren in Palestina*, en *Persdienst van Groepen van Internationale Communisten*, 9e jg., no. 17, noviembre de 1936, no. 1. También publicado en alemán como *Der Aufstand Der Araber In Palästina*, *Rätekorrespondenz* no. diciembre de 1936 p. 26. La traducción basada en la transcripción alemana y la traducción al inglés disponible en <https://leftdis.wordpress.com/>.

implacable es la represión de los viejos métodos y costumbres tradicionales. El resultado es la sublevación y la resistencia de la población.

Palestina, que perteneció al antiguo Imperio Turco hasta el final de la Guerra Mundial, pasó entonces a ser un Mandato de Gran Bretaña. A partir de entonces, los judíos comenzaron a asentarse en el país. Aunque antes ya existían asentamientos judíos aislados, sólo se produjo a mayor escala cuando el nuevo Mandato británico pudo garantizar su seguridad. El malestar y la resistencia de los árabes contra el avance de los asentamientos judíos se remonta a esta época. El último gran movimiento, que comenzó con la huelga general y el boicot a los judíos y creció hasta convertirse en una lucha armada, fue sólo un nuevo eslabón en la cadena de luchas anteriores, pero superó con creces las luchas anteriores en términos de expansión e intensidad. La lucha se dirigió no sólo contra los judíos, sino también contra el dominio británico; Palestina era un país en revuelta, y este estado de cosas duró meses.

Esta insurrección, como todos los intentos anteriores de resistencia, fue reprimida por el poder armado de Gran Bretaña, y la penetración capitalista en el país, con o sin levantamientos, continuará. Todas las conquistas capitalistas en países coloniales o

semicoloniales han mostrado hasta ahora este panorama. Lo especial de la situación en Palestina es que el gobierno británico no es en sí mismo un conquistador capitalista, sino que se presenta como protector de dos intereses opuestos: judíos y árabes. Esto, por supuesto, no altera el hecho de que la conquista capitalista del país sigue avanzando; de hecho, es precisamente tarea del gobierno británico garantizar que se lleve a cabo "de forma ordenada". Pero tiene interés en garantizar que ninguno de los dos grupos enfrentados obtenga suficiente autonomía para escapar al dominio británico

Esta característica también arroja luz sobre las circunstancias de las propias víctimas. Por muy anticuadas que sean las condiciones productivas y sociales entre los árabes, ya existe una clase dominante que, como en los países capitalistas, se ha organizado en partidos y utiliza todos los medios modernos de propaganda e influencia en la opinión pública para mantener su dominio, así como contra las potencias capitalistas invasoras de los judíos. Estos árabes han organizado partidos, publicado revistas y periódicos, no sólo en Palestina sino también en otros países árabes e incluso en Londres.

Esto sugiere que la vieja clase dominante de este país, con relaciones de producción feudales y anticuadas y el mantenimiento de su poder, ya ha pasado a los métodos

capitalistas. Así lo confirman los datos sobre las condiciones económicas de la producción árabe. Bajo el régimen turco, gran parte de las tierras habitadas por fellahin y beduinos (campesinos árabes) fueron declaradas propiedad de los effendis (grandes terratenientes) mediante engaño o violencia. Este es el comienzo de la conocida como "acumulación originaria". Esta se continuó con medios "ordenados" y menos desprestigiados. Los primitivos métodos de trabajo de los fellah y el mal estado del suelo hacían que el rendimiento de la tierra apenas fuera suficiente para mantener al agricultor y a su familia. Naturalmente, uno está en estrecha relación con el otro. Si no queda nada a la venta para comprar mejores herramientas -y lo que sea necesario para la mejora de la labranza-, sólo se puede conseguir un mayor rendimiento mediante la labranza extensiva. En otras palabras, el Fellah tiene que cultivar más tierra para sobrevivir. Los effendis tienen suficiente para arrendar, pero exigen un tercio, a menudo incluso más, del rendimiento. De este modo, se anima al fellah a trabajar más, pero de poco le sirve, porque su jornada laboral también tiene un límite natural, y el effendi se lleva como alquiler cualquier excedente, que podría ayudarle a salir de su apuro. De este modo se endeuda cada vez más con el effendi, y una de las frecuentes malas cosechas le da el empujón final. Su tierra pasa a ser propiedad del effendi;

ahora trabaja totalmente como arrendatario y debe renunciar a un tercio o incluso más de su cosecha.

Como resultado, se produjo una gran concentración de la propiedad de la tierra, que sigue prevaleciendo hoy en día, y ciertamente no ha disminuido por la inmigración judía. Unas pocas cifras de la época inmediatamente posterior a la guerra nos muestran cuán grandes eran ya las propiedades de los effendis. Eran:

- 11 grandes propietarios con más de 100.000 Dunam (9.000 ha) cada uno
- 9 grandes propietarios con más de 30.000 dunam cada uno (2.700 ha)
- 120 grandes propietarios con más de 10.000 dunam cada uno (900 ha)

Los offendis poseían alrededor de 3 millones de dunam (2700 kilómetros cuadrados), una séptima parte del territorio Palestino o la parte más cultivada.

El poder de la clase dominante entre los árabes se basa en esta dependencia y sometimiento de los campesinos; luchará con todos los medios contra la liberación de la población rural de su condición. Y por esta razón los effendis se vuelven contra la inmigración judía, que crea oportunidades al revolucionar los viejos métodos de producción. Los escritos judíos sobre Palestina están

lLENOS de este lado del trabajo de colonización allí. Al describir la primitiva economía fellah, nos dejan ver el miserable estado de la aldea fellah y de sus habitantes; se refieren con orgullo a las aldeas fellah en la vecindad del asentamiento judío donde, con la ayuda de los colonos judíos, ya se han abierto camino hasta un nivel superior de producción y de vida cotidiana. Pero esto sólo fue posible porque los fellahin pudieron vender una parte de sus tierras a la colonia judía y así pudieron trabajar el resto de las tierras de forma más productiva. Los propios escritores judíos tienen que admitir que es imposible para la gran mayoría de los fellahin que no se encuentran en circunstancias tan favorables mejorar su economía porque no disponen de los fondos necesarios. Los escritores judíos no dicen nada de los fellahin que vuelven una y otra vez a su tierra, en la que han trabajado y vivido durante siglos, de la que han sido expulsados porque la colonia judía compró esta tierra a los effendis. Pero esto no cambia el hecho de que sucede, y que los colonos judíos a menudo se ven en dificultades, que intentan superar dando a estos fellahin una compensación en dinero. Los comunistas creen ahora que estos fellahin han recibido su "derecho", pero el fellah tiene otros conceptos jurídicos. Su "derecho" había consistido durante siglos en vivir y trabajar en su parcela de tierra, donde incluso la transición a la posesión del effendi no había cambiado mucho. Y la

colonia judía sólo añadió a la expropiación la expulsión de la tierra. Aquí se plantea la cuestión del "derecho" en su forma más simple: Las personas de un antiguo modo de producción son desplazadas por los representantes de uno nuevo; aquí no hay "derechos", sino que prevalece el más fuerte.

Los judíos invocan su "derecho" histórico de la historia antigua, que dice que Palestina era la "tierra de sus padres". Pero este "derecho" no cobró sentido hasta que fue útil al gobierno británico después de la Guerra Mundial, que lo reconoció y prometió hacerlo realidad. Sólo ahora pudieron los escritores judíos responder a la pregunta de a quién pertenecía la tierra de Palestina: "La tierra pertenece al pueblo judío y a los habitantes árabes del país". A la luz del día, ambas cosas son una frase. En realidad, la tierra pertenece a los grandes terratenientes árabes, que controlan a quienes la cultivan, o a los judíos que tienen suficiente dinero para comprársela a los effendi.

El *Manifiesto Comunista* habla de que el capitalismo ha logrado cosas que "ponen en la sombra todos los antiguos éxodos de naciones y cruzadas"; esto lo confirman los acontecimientos de Palestina y la inmigración judía. La migración de los judíos en Palestina tiene una similitud con ambas: es un éxodo de naciones y

una cruzada. Es un éxodo provocado por la presión del capitalismo moderno. En Alemania, la expulsión de los judíos fue una acción política, pero también en otros países capitalistas la presión ejercida sobre los judíos es cada vez más aguda. La razón principal es la posición que la población judía ha ocupado y ocupa en mayor o menor medida en la vida económica de las naciones. Participaron en el comercio, aunque durante mucho tiempo apenas fueron admitidos en las profesiones burguesas, y ocuparon en todos los países puestos destacados en las organizaciones socioeconómicas. Sin embargo, los servicios que prestaban eran necesarios, ya que el comercio tenía la función de conectar los ámbitos aún más o menos independientes de la vida social. Sin embargo, hoy en día, cuando esta independencia de las ramas del comercio se está convirtiendo en peligrosa para la existencia continuada de la sociedad, cuando están soldadas en el Estado-nación, para formar un todo firmemente establecido, la función mediadora del sector judío de la población pierde su significado y se vuelve superflua.

Pero el mismo hecho contribuye ahora a su expulsión y se enfrentan a la tarea de conquistar su propia patria. Su éxodo se convierte ahora en una especie de cruzada, ya que regresan como "judíos" al país del que fueron expulsados hace veinte siglos.

Aunque la religión judía es el vínculo imaginario que permite la emigración de los judíos a Palestina, una vez que han llegado allí, tienen que trabajar como agricultores modernos y constructores de ciudades. Allí construyen una sociedad capitalista en miniatura. Compran tierras, y como la agricultura moderna requiere grandes extensiones, la anterior concentración de la propiedad de la tierra en manos de los effendis les resulta muy conveniente. Así, el 90% de la tierra judía actual se compra a los propietarios latifundistas, sólo el 10% procede de los fellah. Casi una cuarta parte de las tierras judías, a saber, 280.000 dunam (25.200 ha) fueron compradas por una familia (Sursuck), otros 150.000 dunam (13.500 ha) procedían de la propiedad de 13 effendis.

Como consecuencia de las compras de tierras realizadas por los judíos, el precio de la tierra ha aumentado considerablemente. Los terratenientes árabes están, por supuesto, interesados en este aumento de precios, pero sólo en la medida en que actúan como vendedores, es decir, sus tierras son utilizables para venderlas a los inmigrantes. Los fellahin, por su parte, en la inmensa mayoría de los casos, no obtienen ventaja alguna de estas subidas de precios, ya que sus tierras están más o menos hipotecadas a los effendis. Al contrario, ahora que el valor de la tierra se mide según criterios capitalistas, el alquiler que tienen que pagar aumenta,

mientras que no pueden aplicar mejores métodos de explotación de sus tierras por falta de capital. Esto conduce a una mayor concentración de la propiedad de la tierra en manos de los effendis. Los datos estadísticos de 1920 a 1927 lo confirman. Durante estos ocho años, 750.000 dunam (67.500 ha) de tierra fueron vendidos por los árabes, 365.000 dunam (82.850 ha) de los cuales pasaron a manos judías, mientras que el resto, casi la mitad de la superficie total fue comprada por árabes, es decir, effendis. Así pues, la expropiación capitalista del agricultor feudal sobrepasó los límites de la colonización judía.

Los reporteros judíos no pueden ni quieren revelar lo que realmente ocurre. Señalan los beneficios que la inmigración aporta a la población árabe. El aumento del valor del país es uno de sus argumentos; pero ya hemos demostrado más arriba que casi sólo los effendis se benefician de ello. Pero también está la posibilidad de vender productos agrícolas a los colonos judíos, o la oportunidad para los fellahin expulsados de sus tierras de encontrar empleo en las colonias judías o en el desarrollo urbano como trabajadores asalariados. Se hace referencia a la mejora y nueva construcción de carreteras. En 1921, había 460 kilómetros de carreteras utilizables todo el año y 1.000 kilómetros de carreteras de verano. En 1929, las cifras habían aumentado a 750 kilómetros y 1500 kilómetros respectivamente. En 1920 había unos 50

coches en todo el país, en 1925 había 1.700 y en 1933 había 3.000 coches.

Todas estas son "ventajas" que sin duda son el resultado del desarrollo de las fuerzas productivas capitalistas. Pero ¿estas "ventajas" también son percibidas como tales por la población árabe? Es poco probable. Porque la introducción de las relaciones de producción capitalistas siempre va acompañada de la expropiación de los productores inmediatos de sus medios de producción. Estos últimos se enfrentan entonces a ellos como propiedad capitalista y, para mantenerse con vida, tienen que vender su fuerza de trabajo. Mientras haya demanda de esta fuerza de trabajo y se pague lo suficiente, el obrero se beneficia de la "ventaja" del "progreso" y la "civilización" capitalistas.

Que esto sea así, y en qué medida, no depende, sin embargo, de la buena voluntad de los judíos colonizados, sino que está determinado por el ciclo económico del capitalismo en su conjunto, que procede según sus propias leyes de movimiento. Ni siquiera el más entusiasta "portador de cultura", puede escapar a estas leyes. Esto también llama la atención de los comunistas y socialistas judíos que quieren construir un mundo en Palestina de acuerdo con sus ideales. Pero intentar construir comunidades comunistas a pequeña escala demuestra

rápido que tales experimentos tienen tan poca viabilidad como las cooperativas de producción en los países del capitalismo moderno. Incluso estas "comunidades comunistas" no tienen más remedio que actuar exactamente como debe hacerlo la empresa capitalista. Deben apropiarse de las condiciones de producción, deben comprar la tierra y los medios de producción y producir para el mercado. De este modo, la tierra y los medios de producción funcionan como capital. El trabajo que se realiza en ellos sólo puede servir para que este capital sea fértil o rentable.

Ni las "comunidades comunistas" ni los campesinos indígenas, los fellahin, los beduinos, etc. pueden escapar a esta ley. Aquí aparece la otra cara del modo de producción capitalista; pues no sólo funciona con medios modernos, que multiplican los rendimientos de la tierra y representan un gigantesco avance sobre los métodos locales tradicionales, sino que también es producción de capital. Sólo cuando satisface las necesidades y las leyes del capital es capaz de funcionar. En otras palabras, ya no basta con producir y aumentar el rendimiento del trabajo; es necesario vender los productos a precios suficientemente elevados. Es el mercado el que determina si la producción satisface las necesidades del capital.

La producción capitalista es para el mercado y no para uso personal. Por tanto, está sujeta a todas las fluctuaciones del mercado, a todos los cambios de la oferta y la demanda. Si hay suficiente demanda de un producto, los productores de este tienen asegurado el crecimiento de sus empresas y todos los que participan en esta rama disfrutan de ventajas; los capitalistas reciben sus intereses, los empresarios sus beneficios y los obreros sus salarios. Pero en el momento en que se reduce la demanda de un producto, la rama de la economía que participa en su producción sufre un revés. Los intereses del capital y los beneficios de los empresarios desaparecen, las manos de los asalariados se quedan vacías. El lado oscuro del modo de producción capitalista se revela entonces y su desarrollo muestra signos de decadencia.

La joven sociedad capitalista surgida de la mano de la inmigración judía, como todas las demás, no podía escapar a estas leyes. Y menos aún porque desde el principio se dedicó a la producción para el mercado mundial. No tenía otra opción, ya que los modernos medios de producción, automóviles, tractores, máquinas, materiales de construcción, etc., que venían del extranjero, sólo podían pagarse con el volumen de negocios de los productos palestinos en el mercado mundial. Entre estos productos, las naranjas y otras frutas tropicales ocupan el lugar más importante. La crisis económica mundial, que

comenzó alrededor de 1930, ha causado una tremenda reducción de las ventas de estos productos, que han tenido un efecto muy notable en el desarrollo de Palestina. Como resultado, el modo de producción capitalista introducido por los judíos en un país feudal tradicional, incluso antes de que pudiera afirmarse, trajo consigo su lado oscuro, la crisis capitalista. Los golpes de esta crisis han golpeado sobre todo a los económicamente débiles, especialmente a la población rural árabe, que o bien ha sido privada de sus tierras como asalariada o se ha adaptado en cierta medida a la producción capitalista para el mercado. Ahora, tras 15 años de colonización judía, han sido arrancados de sus antiguas condiciones de vida, sin retorno posible. La tierra que perdieron está en manos de las colonias judías; los fellahin que pudieron reconvertirse a la producción para el mercado no saben qué hacer con los productos de su trabajo. Es bien sabido cómo reaccionaron los árabes ante esta situación desesperada; su desesperación tomó la forma de ira contra la inmigración judía. A sus ojos, esta última parece culpable de haber creado las condiciones actuales. No ven que es sólo el modo de producción capitalista el que al principio los levantó y luego los empujó de nuevo a una miseria más profunda que nunca.

Para los árabes expulsados de su tierra, los judíos que llegaron al país parecen ser la causa de la miseria actual. Aunque antes no habían tenido mucha vida,

trabajaban en sus propiedades y se ganaban la vida a duras penas. Han vivido así durante generaciones; desde que se tiene memoria, las cosas han ido bien y mal. Sus costumbres están ligadas a esta vida, que encuentran su marco general en las enseñanzas del islam. En poco tiempo se les arrancó de todas estas tradiciones, un hecho que en sí mismo estaba destinado a provocar resistencia y rebelión. Toda la prensa ha dado una imagen de la tenacidad de la resistencia que están desarrollando los campesinos y proletarios árabes. Lo único que hay que decir aquí es que todas las acciones son desesperadas. Sin esperanza no sólo porque una lucha contra medios y métodos de producción más poderosos es siempre sin esperanza, sino también porque los fellahin expulsados de sus tierras no tienen un objetivo propio. Incluso hoy en día siguen sometidos a los antiguos gobernantes y les sirven como meros instrumentos. Los gobernantes los necesitan para mantener la supremacía sobre las potencias invasoras del capital judío. Los effendis, que lideran la revuelta árabe, no pretenden devolver a los fellahin sus antiguas propiedades, del mismo modo que no pueden esforzarse seriamente por deshacer la inmigración judía. Su objetivo es hacerse con la tierra y el capital del país, o al menos controlarlo. Para ello necesitan el poder político. En torno a esto gira toda la lucha.

He aquí el motivo de la lucha árabe por la independencia, que se dirige tanto contra el capital judío como contra Inglaterra. El hecho de que la III Internacional, cuya rama en Palestina tiene poca importancia, apoye también las "consignas nacionales" de los effendis, no debería sorprender a nadie hoy, 19 años después de la Revolución de Octubre. Es evidente que actúan en interés del Estado ruso, que lucha contra Inglaterra en Asia.

La organización obrera judía en Palestina (Histadrut) está en la misma posición que los fellahin árabes. Está a favor de promover la colonización capitalista judía y lucha en la estela de las fuerzas capitalistas judías para ayudarles a triunfar en su búsqueda del poder político. Sólo cuando los obreros judíos, junto con los fellahin convertidos en proletarios, se levanten para luchar contra los effendis y los capitalistas judíos por igual y aplasten victoriosamente el actual modo de producción, habrá lugar para ambos pueblos, judíos y árabes. Hasta entonces, las viejas condiciones de producción y la población ligada a ellas serán destruidas. No se trata de los effendis, sino de los campesinos árabes, fellahin y beduinos.

La tierra prometida: Informe desde palestina

*Por Walter Auerbach*⁵

Los informes sobre la nueva situación en Palestina hablan generalmente de la construcción del país por el capital y el trabajo judíos, de la prosperidad resultante, de la participación más o menos uniforme de todo el pueblo judío en esta prosperidad y de las buenas perspectivas de un desarrollo feliz cada vez más amplio. Estos informes son tanto más calculados para despertar comentarios y esperanzas cuanto que desde hace algún tiempo en los demás países la suerte de la clase obrera y de los elementos burgueses medios es cada vez más miserable. En todo el mundo, a medida que se prolonga la crisis, se destruyen productos y medios de producción. En todas partes reina el paro y las masas esperan con apatía una nueva guerra mundial. Sólo Palestina, el país en proceso de construcción, constituye una excepción.

⁵ Fuente: *Correspondencia del Consejo Internacional de Teoría y Debate*. Vol. II, Nos. 9 y 10, septiembre de 1936, pp. 1-15. El artículo se publicó primero en neerlandés como "Berichten uit Palestina" (faltan algunas observaciones finales) en *Persdienst van de Groep van Internationale Communisten*, 9e jg., n° 15, septiembre de 1936, n° 1, y apareció en forma abreviada en lengua alemana como "Das gelobte Land (Bericht aus Palästina)" en *Rätekorrespondenz*, diciembre de 1936, n° 20. El artículo fue escrito en noviembre de 1935 según la edición alemana, y el 6 de mayo de 1936 según la edición neerlandesa. Transcripción en inglés de <https://leftdis.wordpress.com/>.

En Palestina, el dinero de los capitalistas judíos y británicos se está volviendo en contra. Hacia Palestina se dirigen los cada vez más empobrecidos artesanos y obreros judíos de Europa del Este y de EE. UU., los nómadas y campesinos árabes, los judíos mizrahi⁶. Con la instauración de la crisis y con el avance de la monopolización, surgió una migración a Palestina a través del crecimiento del fascismo con el consiguiente empobrecimiento de la capa media judía, como en Alemania, a través del antisemitismo. En estos países toma forma un sentimiento nacionalista entre los judíos; y hay un fortalecimiento del mismo sentimiento entre los árabes, entre los cuales ya había existido un gran movimiento nacional en 1917.

El sionismo o palestinismo, movimiento nacional de las masas judías, está dividido en varios partidos correspondientes a la estratificación de clases. Hay dos partidos democrático-liberales, surgidos de la escisión del partido de los "sionistas generales". El más pequeño de los dos nuevos partidos está más cerca de los fascistas, el más grande del partido laborista. Hay un gran partido fascista, los "revisionistas", con algunos pequeños grupos escindidos en su seno. Además, un gran partido clerical de

⁶ Comunidades judías israelíes que inmigraron de los países de Oriente Medio, principalmente de Yemen, Irak, Persia o la Palestina histórica

los "Misrachi". El partido obrero (MAPAI) y la "Federación General del Trabajo Judío en la Tierra de Israel" (Histadruth) son reformistas-nacionalistas. A ellos hay que añadir también una organización reformista ("HashomerHazair") formada por los miembros de las comunas agrarias de trabajo; diversas organizaciones juveniles; y una organización de mujeres ("Wizo").

Todos estos grupos abogan por la inmigración de los judíos de todos los países a Palestina. A esta inmigración sólo se opone el grupo ilegal de la Comintern (PCP).

Palestina limita al oeste con el mar Mediterráneo, al norte con el monte Líbano, al este con el río Jordán y al sur con el desierto del Sinaí. Tiene una superficie de unos 10.000 kilómetros cuadrados.

De oeste a este, Palestina está dividida en tres llanuras que discurren aproximadamente paralelas a la costa marítima. Al oeste, las tierras bajas fértiles; en el centro, las tierras altas; y al este, la depresión del Jordán. Las tierras altas centrales alcanzan una altitud de 2.500 pies. La superficie del Mar Muerto, en el que desemboca el Jordán, se encuentra a unos 1300 pies por debajo del nivel del mar.

En el Imperio Otomano, Palestina consistía en unos cuantos distritos administrativos (vilayets) de la provincia turca de Siria. Tras la guerra y el levantamiento árabe, Palestina fue separada de los demás países árabes y convertida en territorio bajo mandato británico, que debía ser administrado por Inglaterra en el marco de la Sociedad de Naciones. (Lo mismo ocurrió con el norte de Siria, que se dividió en cuatro partes y quedó bajo mandato francés.) El mandato sobre Palestina se remonta a la Declaración Balfour, (2 de noviembre de 1917), según la cual el gobierno de su majestad británica veía con buenos ojos el establecimiento en Palestina de "un Hogar Nacional para el pueblo judío, ... quedando claramente entendido que no se hará nada que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías existentes en Palestina o los derechos y el estatus político de que gozan los judíos en cualquier otro país".

El gobierno de Palestina tiene su sede en Jerusalén. Está formado por el Alto Comisionado y sus tres principales funcionarios y los jefes de departamento. El gobierno está subordinado a la Oficina Colonial de Londres, a la que deben someterse todas las leyes para su aprobación. En Jerusalén se encuentra también el cuartel general de las tropas aéreas y terrestres británicas. Jerusalén está conectada con las otras dos grandes

ciudades, Haifa y Jaffa-Tel-Aviv, por buenas carreteras para automóviles y un ferrocarril.

Jaffa es principalmente un puerto para el comercio de exportación de naranjas. Haifa, cuyo puerto ha sido mejorado, es al mismo tiempo base de la flota británica del Mediterráneo. Por Haifa pasa el brazo sur del oleoducto que lleva el petróleo de Mosul al mar; el brazo norte atraviesa territorio francés. También hay algunos aeropuertos de las líneas que discurren entre Europa y Sudáfrica y entre Europa y Asia oriental. Se están proyectando más aeropuertos.

En el límite oriental de Palestina se encuentra Transjordania, que también está administrada bajo mandato británico y por el mismo Alto Comisionado en Jerusalén. En Transjordania también "reina" el emir Abdullah, hermano de Feisal. En el suroeste, Palestina limita con Egipto. Una línea de ferrocarril une El Cairo, pasando por Jaffa, con Haifa y Jerusalén; está unida al ferrocarril de Hezaz y tiene conexión por autobús con Bagdad y Beirut. Palestina es, por tanto, una parte importante del Imperio Británico, tanto para la comunicación por agua como por tierra, y -todavía más importante hoy en día- por aire.

Las lenguas oficialmente reconocidas son el inglés, el árabe y el hebreo. El inglés apenas lo hablan, salvo los

altos funcionarios; el resto de la población habla árabe, salvo los jóvenes judíos y los judíos mizrahi, que hablan hebreo. La población judía también habla las lenguas de su país de origen, sobre todo yiddish. De todos modos, la prensa judía se publica en hebreo.

La población de Palestina, según el censo gubernamental del 23 de octubre de 1922, se distribuía de la siguiente manera:

Rural	389.534
Urbana	264.317
Nómada	103.331
Total	757.182

En 1934, la división racial de la población se estimaba en:

Árabes	870.000
Judíos	310.000

Los métodos de producción en Palestina siguen siendo en parte bíblicos en su primitivismo. Entre las tribus nómadas árabes predomina la economía familiar cerrada (clan). Esta forma se está desintegrando, mediante la venta de animales y tierras, en trabajo asalariado. Gran parte de la agricultura árabe sigue recordando a la Edad Media y al feudalismo. Los grandes terratenientes

(effendis) arriendan la tierra a campesinos árabes (fellahin), que la han cultivado durante largas generaciones. En general, el alquiler asciende a una quinta parte del rendimiento en especie. El effendi también presta dinero a los fellahin para que puedan comprar los aperos de labranza necesarios. El tipo de interés puede llegar al 150%.

Los effendis forman parte de la población de la ciudad árabe, en la medida en que no prefieren consumir sus ingresos, recaudados por los capataces, en el extranjero. Algunos de ellos venden también partes del suelo y establecen sobre el saldo una economía de plantación intensiva. En la medida en que los effendis hacen la transición del arrendamiento a la explotación de las plantaciones, los fellahin se convierten en trabajadores asalariados. Una estimación de 1929 proporciona el suelo de Palestina, desde el punto de vista agrícola, como sigue: cultivado - 5515 km², cultivable, pero no cultivado 3389 km², no cultivable (bosques y pastos) 7750 km², no especificado 3346 km², un total de 20.000 km². El resto, 6.000 km², es probablemente desierto.

La ciudad árabe es principalmente un centro comercial. Sus habitantes, comerciantes y artesanos, suelen ser también propietarios de tierras.

La colonización judía comenzó hacia 1880. Los primeros pueblos judíos, enfrentados al colapso económico, fueron rescatados en su momento por un barón Rothschild mediante la introducción de plantas mejoradas y mediante ayuda financiera. En 1897 se celebró el primer Congreso Sionista, en el que se proclamó el objetivo de "establecer para el pueblo judío un hogar públicamente reconocido y legalmente asegurado en Palestina".

Existe un Fondo Nacional Judío (KKL) y un Fondo de la Fundación Palestina (KH). El KKL, que es la agencia central de compra de tierras de la organización sionista, se creó en 1902 con el fin de adquirir tierras como propiedad inalienable del pueblo judío. Las tierras se compran a los propietarios árabes, effendis y familias, clanes y comunidades de aldeas, y a menudo conduce a la expulsión de los fellahin de las tierras de los effendis. En algunos casos, más recientemente, los árabes quedan en posesión de superficies más pequeñas, que ahora cultivan intensivamente con la ayuda de créditos y aperos modernos. En 1934 el KKL poseía una superficie de 41.500 hectáreas. El KH inició su actividad en el año 1921; financia la colonización agrícola y urbana, la educación, la inmigración, la sanidad y las instituciones religiosas y comunales. Ambos fondos están sujetos a la autoridad ejecutiva y al comité de acción, elegidos por el congreso

que se reúne cada dos años. El congreso es elegido democráticamente por las organizaciones sionistas de todos los países, y así se financia: cualquiera que pague un chelín tiene derecho a voto en la elección de los delegados. Los organismos sionistas se combinan con otros no sionistas, pero que siguen siendo judíos, para formar la Agencia Judía ampliada.

La actividad agrícola judía se divide entre economía de plantación, cultivo de cereales y agricultura mixta. En las plantaciones (a finales de 1934: 15.000 hectáreas judías, 10.000 hectáreas árabes) los productos son cítricos, almendras y vino. La explotación es por fincas (5 ha en adelante), explotaciones campesinas intensivas (1,5 a 2,5 ha) y comunas, (1 ha equivale a casi 2,5 acres). En la agricultura mixta se practica la horticultura, la ganadería para la producción de leche y queso y la avicultura con producción de huevos. En este tipo de agricultura predominan los pequeños campesinos, agrupados en cooperativas de productores.

Los cereales son plantados por los aproximadamente 10.000 trabajadores de las comunas y asentamientos obreros del valle de Jezreel y por los campesinos de Galilea. También existen asentamientos agrícolas alrededor de Haifa, Petach Tiqva, Kefr Saba y las colonias judías, cuyos propietarios también trabajan como

obreros y empleados en la ciudad. Sin embargo, parece que estas empresas auxiliares van camino de convertirse en básicas.

Debido a la gran cantidad de inmigración en los últimos años, existe en Palestina una creciente demanda de suelo para fines agrícolas y en las ciudades para construcciones, por lo que los precios de la tierra van en constante aumento y la especulación con la tierra ha adquirido un enorme alcance. Según la ley del suelo palestina (turca), debe pagarse una cuarta parte del precio de compra y el resto en seis meses. En consecuencia, las empresas inmobiliarias compran terrenos por un valor cuatro veces superior a su capital. A continuación, las dividen en lotes y, como es natural en vista del hambre de tierras, las venden con un beneficio muy considerable, estando así en condiciones de hacer frente a sus obligaciones. Sin embargo, cuando se produce una recaída en el hambre de tierras -por ejemplo, por la oferta de tierras baratas y la posibilidad de explotar mano de obra barata en la isla de Chipre- y las empresas no consiguen deshacerse de las tierras, por lo que no pueden pagar el saldo adeudado, la cantidad pagada se pierde y la compra caduca. Las empresas pierden entonces su capital, y surge así la posibilidad de una crisis que, en un país donde la especulación del suelo desempeña un papel tan dominante, está destinada a tener consecuencias notables.

El KKL intenta eliminar la especulación y cede sus fincas en arrendamiento perpetuo. Pero como este Fondo (al igual que el KH) existe a base de donaciones y colectas, es incapaz de seguir el ritmo del hambre de tierras. Porque el hambre de tierras, como la propia inmigración, es una consecuencia del creciente empobrecimiento de las masas judías y de su miedo a la proletarización total. Y el empobrecimiento continuado está destinado a ejercer una influencia restrictiva sobre las recaudaciones de dinero. Además, la tierra está en posesión de la nobleza feudal y sus precios suben. El dinero de que dispone el KKL es insuficiente, y el Fondo se ve obligado a promover grandes compras de tierras de empresas privadas, en las que actúa como intermediario. De este modo, la especulación gana cada vez más influencia, y las masas hambrientas de tierra de la población de los países árabes y judíos se enfrentan a la tarea de romper las cadenas de las relaciones de propiedad feudales y capitalistas.

La consecuencia más inmediata de estas condiciones es el auge de la construcción, en marcha en Palestina desde hace varios años. Una parte de las materias primas procede del país, mientras que la madera y el hierro son importados. La producción de cemento en Palestina aumentó en 1934 a 155.000 toneladas, de las cuales sólo 700 fueron exportadas, mientras que otras 148.000 fueron importadas.

También existen numerosas fábricas de ladrillos. En línea con la construcción, se desarrolló una gran industria de carpintería, cerrajería y trabajos de construcción similares. La forma de funcionamiento es generalmente la del taller: el propietario como maestro y unos cinco trabajadores; herramientas y máquinas modernas; electricidad para la energía. Las construcciones las llevan a cabo los contratistas de obras, que cuentan con una plantilla de trabajadores especializados y también contratan a trabajadores no cualificados en función de las necesidades. La diferenciación entre trabajadores cualificados y no cualificados todavía no está muy desarrollada en Palestina, ya que, por supuesto, el proletariado judío sólo está empezando a tomar forma y tenía poca experiencia técnica hasta hace pocos años. Incluso hoy la formación técnica, en consonancia con la acuciante demanda de obreros, sigue siendo muy defectuosa y el despilfarro en la producción es relativamente grande. Recientemente, sin embargo, esa demanda ha disminuido, y se está formando cada vez más rápidamente un ejército de trabajadores no cualificados que ya no tienen ninguna perspectiva, dentro de las relaciones de propiedad existentes, de "ascender". Y dentro de este ejército se encuentra también un número constante de parados. Es decir: los distintos individuos consiguen trabajo de vez en cuando, y la duración del paro

por hombre sigue siendo escasa, pero el número absoluto permanece constante. El pánico derivado del conflicto italo-abisinio ha tenido su efecto también en este particular, aumentando el desempleo. Sin embargo, no se pueden dar cifras, ya que el sindicato, que sería el único en condiciones de representar estadísticamente el desempleo, (obviamente por razones nacionalistas) no le da valor al asunto.

En el sector de la construcción también desempeñan un papel importante las cooperativas de trabajadores, que aparecen como empresarios. Aceptan contratos, realizan las obras y contratan también a trabajadores no cualificados. Todos reciben el mismo salario y las ganancias se reparten entre los miembros de la cooperativa (llamada kwuza), con exclusión de los trabajadores asalariados que no pertenecen a la kwuza. Un trabajador asalariado sólo puede trabajar en la kwuza un máximo de tres meses, después de los cuales debe afiliarse y pagar una cuota o, como la cuota suele ser muy elevada, se ve obligado a dejar el trabajo. Así, esta regla del sindicato tiene un efecto opuesto al que profesa: en lugar de liberar a los trabajadores del capitalismo del trabajo asalariado, los devuelve cada tres meses al mercado. Toda la industria judía del transporte en autobús está igualmente en manos de tales cooperativas; y debido a la pequeña red ferroviaria, las líneas de autobús están muy radiadas. Con

el desarrollo del tráfico surgieron también fábricas de automóviles, aunque los motores siguen siendo importados. La construcción de carreteras también se lleva a cabo a gran escala, principalmente por el gobierno, en parte también por las comunas.

También se está construyendo un acueducto desde Ras el 'Ain (Jaffa) hasta Jerusalén. Su longitud es de unos 65 kilómetros y se eleva desde el nivel del mar hasta una altura de 800 metros. Esta obra está siendo realizada para el gobierno por la federación como empresa. Los Ferrocarriles Palestinos mantienen talleres de reparación muy grandes en Haifa. La Compañía Palestina de Potasa, una empresa judeo-inglesa, tiene la concesión para explotar la riqueza mineral del Mar Muerto, y es una moderna empresa química a gran escala. Sin embargo, está estrictamente prohibido entrar en los locales de la empresa (se dice que se dedica a la fabricación de tóxicos de guerra). Las fábricas para la producción de seda artificial han cerrado recientemente, porque no era posible bajar los salarios de los trabajadores lo suficiente y porque los métodos de trabajo no podían intensificarse más para resistir la competencia japonesa.

Toda esta industria funciona en general con electricidad, excepto las bombas de agua rurales, que en parte funcionan con motores diésel. Toda la corriente

eléctrica para Palestina (aparte de Jerusalén) es producida por la Palestine Electric Corporation, cuyo presidente es el antiguo ingeniero social-revolucionario de izquierdas Rutenberg, conocido por su participación en la ejecución del sacerdote Gapon. La empresa explota las centrales eléctricas con energía hidráulica y motores diésel. Hay una fábrica y varios talleres más pequeños para la construcción de maquinaria, así como una fundición de hierro.

A la agricultura se une una industria alimentaria que elabora zumos de frutas y conservas de frutas y verduras. Los zumos de fruta son un producto especialmente importante para Oriente Próximo, ya que el islam prohíbe el consumo de alcohol y, debido al clima, existe una gran demanda de bebidas refrescantes. De ahí que esta industria exporte sus productos también a todo Oriente Próximo. Una industria especial se basa en las aceitunas, principalmente de origen sirio; produce aceites y grasas técnicos, aceites para ensaladas y jabón.

La financiación se lleva a cabo, por un lado, a través del Fondo Nacional (compra de terrenos e industrialización de la agricultura) y, por otro, a través del Barclay's Bank y del Anglo-Palestine Bank y su empresa filial, el General Mortgage Bank of Palestine. También hay un gran número de cooperativas de crédito (agrícolas e

industriales), así como bancos especulativos. El banco gubernamental es el Barclays.

El valor total de la producción industrial en 1933 fue de 5.400.000 libras esterlinas; en 1934, 6.500.000.

Número de obreros industriales: finales de 1932 - 9.500; finales de 1933 - 14.000; principios de 1935 - 18.000. El número total de obreros, empleados, capataces, etc. que trabajaban en las industrias a principios de 1935 era de 25.000. El número total de todos los trabajadores judíos en el país puede haber ascendido en esta época a entre 70.000 y 20.000. Los salarios aún no podían determinarse; se puede suponer, sin embargo, un salario medio de 200 mils o, aproximadamente, 1 dólar.

El partido de los "revisionistas", el partido fascista de los judíos pretende establecer el Estado judío a ambos lados del Jordán (de ahí también Transjordania.) Su programa se parece al de los fascistas italianos. Propugna la colaboración de clases sobre la base de la tradición judía. En esto tienen puntos de contacto con el Misrachi, el partido clerical judío, que vela por el descanso sabático y por la cocina y la educación religiosas, y que en estos aspectos recibió en el último congreso sionista concesiones muy amplias del partido laborista, que tenía casi el 50% de toda la representación, y de los partidos liberales. Los revisionistas desean resolver la cuestión de

las relaciones de los judíos con los árabes en el sentido de que los árabes de Palestina formen una minoría nacional con ciertos derechos de autonomía cultural y religiosa bajo el control del estado judío. Los revisionistas se han retirado de la organización general de los sionistas y ya no participan en el congreso, sino que celebran un congreso propio. Una fracción de ellos, sin embargo, el Partido del Estado Judío, ha permanecido en el congreso mundial sionista general, donde forma el ala de extrema derecha.

Todo judío de Palestina es automáticamente miembro de la Knesset-Jisrael, organización a la que están subordinadas toda la actividad educativa judía, la iglesia judía, las obras de socorro, etc., y cuyo comité ejecutivo o consejo nacional representa al público judío ante el gobierno.

Los árabes están representados ante el gobierno principalmente por el Consejo Supremo Musulmán, presidido por el Gran Muftí de Jerusalén. Sin embargo, también hay partidos árabes que tuvieron su origen en el gran movimiento de liberación árabe y en el levantamiento árabe que en 1917-18, con el apoyo de los ingleses, liberó a los países árabes de la opresión turca que había durado siglos. Pero los beduinos y urbanitas árabes no tenían aún la fuerza para resistir el poder del imperialismo británico y francés; y estos últimos son mucho más astutos que los

turcos en lo que se refiere a integrar a los países árabes en sus imperios mundiales.

Los partidos árabes aún no se distinguen tanto por sus programas como por las familias que los encabezan. El partido del Mufti y su familia, el "Partido del Pueblo Palestino", que recibe una recompensa de 70.000 libras del Consejo Musulmán y posee dos periódicos diarios (Al Jamea Al Shabab), tiene como objetivo la independencia de Palestina y la liquidación del mandato de la Liga de Naciones: "Palestina para los árabes", entrada de Palestina en la unión de los pueblos árabes. Mantiene relaciones con Ibn Saud, gobernante de Hejaz. El partido de la familia Nashashibi, el "Partido de la Defensa Nacional", una especie de organización fascista que mantiene relaciones con el rey de Irak y el emir de Transjordania exige la independencia de Palestina, un gobierno nacional puramente árabe y quiere promover el desarrollo de la agricultura. Tiene tres periódicos diarios (Falastin, Al Aslamiah, Adifa). Un "partido reformista" bajo la dirección del Dr. Khaldis, alcalde de Jerusalén, reúne a los alcaldes y directores de aldea de muchas comunidades árabes. Esta organización parece ser el más moderno de los partidos árabes y tiene más similitudes con las formas de partido conocidas en Europa. Exige la independencia de Palestina en la liga panárabe de estados y un acuerdo de alianza con los ingleses, similar a la liga anglo-iraquí.

Rechaza el separatismo religioso entre árabes islámicos y cristianos y combate el sionismo. La organización juvenil árabe, dirigida por Jacob Bey Dissin, establece guardias fronterizas contra la inmigración ilegal judía, combate en los pueblos la venta de tierras a los judíos y tiene conexiones con los círculos nacionales egipcios. También estaba conectada con Chilmi Pasha, que fundó un banco privado llamado "Banco del Pueblo Árabe", para financiar transacciones de tierras puramente árabes. Sin embargo, el Banco del Pueblo Árabe no pudo superar la desconfianza del pueblo árabe y quebró.

Existen dos organizaciones sindicales árabes de las que, sin embargo, poco se sabe. Se dice que están dirigidas, por una parte, por Jacob Bey Dissin y, por otra, por Chilmi o Nashashibi, que compiten vigorosamente entre sí y que son un centro de reunión para los partidos políticos en cuestión. En todo caso, parecen estar completamente bajo la influencia de la burguesía árabe.

La Federación General del Trabajo Judío en Palestina (Histadrut), afiliada a la Internacional de Ámsterdam, había aumentado el número de sus miembros (1 de enero de 1935) a 67.562, de los cuales unos 45.000 eran trabajadores urbanos.

La jornada laboral normal en Palestina es de ocho horas. El salario medio en la construcción urbana asciende

a 400 mil diarios (unos 2 dólares); en la construcción de aldeas, menos. Los oficios de la construcción son los que pagan los salarios más altos.

La Histadrut publica un periódico diario, el "Davar", que también incluye una edición vespertina y, cada dos semanas, un periódico infantil. Todas estas publicaciones están redactadas exclusivamente en hebreo. De este modo, para una gran parte de los trabajadores, que sólo hablan yiddish, las publicaciones de su organización son casi o totalmente ininteligibles. Y así los trabajadores se ven obligados a sentarse una vez más en el banco de la escuela para aprender el difícil idioma y la casi indescifrable escritura. (Mientras que en los países donde se emplea el alfabeto latino los niños aprenden a leer y escribir en un año, aquí el proceso se prolonga durante unos cuatro años).

En el año 1934 la Histadrut llevó a cabo un total de 68 huelgas (en Tel-Aviv, Jerusalén, Haifa y las colonias agrícolas), que implicaron a 1104 trabajadores y la pérdida de 11.403 días de trabajo, y 51 de las cuales fueron ganadas. En 34 casos los revisionistas intentaron romper la huelga, y en seis tuvieron éxito. Las huelgas dieron lugar a cinco procesos en los que 34 trabajadores fueron condenados a un total de 33 meses de prisión y trabajos forzados, y a multas de 220 libras. La Histadrut también

apoyó ocho huelgas árabes en las que 785 trabajadores se declararon en huelga durante un total de 4.145 días. Dos de estas huelgas fueron ganadas.

La Histadrut controla todo el mercado laboral judío. No existen oficinas de empleo estatales ni municipales, ni tampoco subsidios de desempleo. La Histadrut suministra los trabajadores a los empresarios, que reconocen así las tarifas salariales. Además, los empresarios se agrupan en sus propios sindicatos que, sin embargo, aún no poseen ninguna organización general. Por otra parte, la Histadrut suele estar en condiciones de forzar la aceptación de la tarifa salarial, en cuya relación ejercen un efecto favorable el desempleo relativamente escaso, la falta aún imperante de trabajadores especializados y los salarios relativamente bajos. La burguesía judía tampoco está en condiciones de explotar simplemente la mano de obra árabe más barata, porque no hay tanta mano de obra árabe cualificada disponible y se dice que la clase obrera judía ofrece cierta protección política con respecto a los árabes. En los distritos rurales, en las plantaciones, la cosa es diferente. A pesar de que la Histadrut lucha enérgicamente, mediante piquetes, contra la afluencia de trabajadores árabes a las plantaciones, no puede impedir que los plantadores sigan empleando a estos trabajadores (en su mayoría antiguos fellahin) ni que estos trabajadores árabes se familiaricen con las formas de

lucha sindical, que de vez en cuando ponen en práctica. La Histadrut ha llegado incluso a combatir una empresa de Tel-Aviv en la que trabajaba un obrero árabe revolucionario. Cuando los trabajadores de esta empresa declararon su simpatía por el camarada árabe, se produjo una pelea entre estos trabajadores y los funcionarios sindicales, y se inició un proceso con vistas a excluir a los trabajadores de la Histadrut. La exclusión de la Histadrut equivale a perder la posibilidad de trabajar, pues aunque oficialmente la Histadrut obtiene trabajo para todos los trabajadores, el proteccionismo en boga es tal que los trabajadores opositores o excluidos no obtienen ninguno. En este sentido, la Histadrut puede considerarse una organización estatal. En la mayoría de los casos, puede comprobar que los trabajadores que no pertenecen a su organización ya no están empleados en ninguna empresa.

La Histadrut tiene un fondo general de prestaciones por enfermedad que dispone de hospitales, casas de recreo y buenos médicos. La Histadrut construye asentamientos obreros y bloques de viviendas en los que las familias de los trabajadores adquieren casas que, mediante pagos a plazos, pasan a ser de su propiedad privada.

La facción predominante en la Histadrut es el Partido Laborista (MAPAI). Cuenta con unos 6.000 miembros y está vagamente vinculado a la Segunda

Internacional. Tiene, además, en los diversos países donde residen judíos, grupos afiliados (Liga Palestina del Trabajo.) Es aún más nacionalista que los otros partidos adheridos a esta Internacional. Ocupa todos los cargos de la Histadrut, donde reina de manera absoluta; tanto más cuanto que los funcionarios son nombrados por el consejo de administración.

El "Hashomer Hazair", originalmente una organización juvenil judía ampliamente difundida en Europa del Este está adquiriendo cada vez más en Palestina las características de un partido. Hasta ahora, sin embargo, sólo ha englobado a los trabajadores que viven en el país en comunas laborales (los llamados kwuzots). Los kwuzots quieren hacer realidad la vida socialista de la siguiente manera: primero, con la ayuda de préstamos del KKL y el KH, y sobre la base de la compra y venta en común, la cocina en común y la educación en común de los hijos, cultivan su propia tierra y no contratan trabajadores asalariados.

El partido que lleva el nombre de "Left Poale Zion", con unos 250 miembros en Palestina y varios grupos en otros países, especialmente en EE. UU. y Polonia, forma la oposición dentro de la Histadruth, exigiendo la democratización del aparato y la igualdad de derechos de los trabajadores árabes para organizarse. Su

objetivo final es una Palestina soviética. Es nacionalista en la medida en que exige la formación de una central obrera judía en Palestina. El LPZ coincide con los demás partidos sionistas en que la asimilación de las capas medias y proletarias judías en los países de la diáspora -incluso en la Unión Soviética, considerada como la primera etapa del comunismo- es imposible. Insisten en que después de la abolición de la propiedad privada y del Estado hay que pasar por una etapa en la que se dé a las naciones en sus propios territorios la posibilidad de su desarrollo cultural. Sin embargo, no participa en el congreso sionista. Su punto de vista general es el de la Comintern, a la que no se adhiere debido a la diferencia sobre la cuestión judía.

El partido comunista ilegal de Palestina (PCP) se compone de un centenar de miembros judíos que en parte son antiguos miembros decepcionados del Hashomer Hazair. Como concibe que su principal objetivo es el debilitamiento del imperialismo británico, combate la inmigración judía, con lo que considera que se refuerza el imperialismo. Por otra parte, apoya a todos los movimientos nacionalistas árabes. Considera los pogromos de los últimos años como levantamientos nacional-revolucionarios; y con respecto al conflicto italo-abisinio, aboga por el Frente Popular del pueblo árabe con sus dirigentes, los effendis, y recomienda la formación de legiones árabes para ir a Abisinia y combatir allí al fascismo

italiano. El PCP se esfuerza por "arabizar" su organización. Es la única organización que se ha pronunciado a favor del pago del subsidio de desempleo.

Acción Antifascista ("Antifa"), adherida al Comité Mundial de París, cuenta con unos 500 miembros y está bajo la dirección del LPZ. Se supone que es la base del movimiento de frente único de lucha contra el fascismo, el imperialismo y el antisemitismo. Cualquiera puede afiliarse, excepto los miembros del PCP; estos últimos están excluidos porque combaten la inmigración judía, mientras que el Antifa y el LPZ consideran que la creación de un proletariado judío en Palestina representará una fuerza que no puede dejar de actuar contra el imperialismo y que la lucha contra el derecho a la libre inmigración y el arraigo de los trabajadores judíos en Palestina es chovinista. Tanto el Antifa como el LPZ quieren combatir el chovinismo judío de los Mepai, Histadruth y Revisionistas junto con el chovinismo árabe del PCP. Defienden la libertad de las lenguas maternas y forman Círculos en los que se habla yiddish, alemán, etc.

La situación en Palestina ha cambiado recientemente. La "prosperidad" descrita anteriormente ha retrocedido simultáneamente con el estallido del conflicto abisinio-italiano. El paro ha crecido y con él la incertidumbre y el descontento en el seno de la clase

obrera. Como el PCP fue la única organización que se pronunció a favor del pago del subsidio de desempleo, consiguió mejorar su posición entre los desempleados. Los demás partidos laboristas y la Histadruth no fueron capaces de pronunciarse a favor del subsidio de desempleo, sobre todo porque temían que el gobierno británico restringiera en gran medida la inmigración judía.

La Histadruth intensificó su lucha para eliminar a los trabajadores árabes de la producción judía; y el LPZ, que durante un tiempo había intentado encontrar una base común con el PCP en la cuestión del desempleo, se vio obligado, para restablecer su renombre sionista, a llevar a cabo una dura lucha contra el PCP. La Histadruth, que hasta entonces se había limitado a negar la existencia del paro, intenta ahora apaciguar a sus miembros con medios llamados constructivos. Es decir, pide a los trabajadores que contribuyan a un fondo de desempleo. De este fondo, se entregará dinero a las cooperativas y también a empresas privadas con el fin de "hacer trabajo extra". Y del mismo fondo, a los trabajadores que trabajen a cambio de salarios árabes se les pagará la diferencia entre estos últimos y el salario judío.

La agudización de las relaciones árabe-judías, a partir de abril de 1936, que desembocó en una guerra de guerrillas y en una huelga árabe, cubrió el malestar social

de la clase obrera con un vivo y belicoso sentimiento nacional. En ambos bandos las masas se organizaron para la "autoprotección y defensa". En esta autoprotección participaron, en el lado judío, los miembros de todas las organizaciones. En sus llamamientos, los diversos partidos culparon de los enfrentamientos a los árabes o a los partidos rivales. Sólo hay que observar que en esta situación ni una sola organización trató de dirigir la lucha contra su propia burguesía. El nacionalismo de los obreros judíos, como el del proletariado ruso, alemán, francés y otros, es un indicio del retroceso ante las tareas revolucionarias, internacionales. La creación de la "patria judía" sólo puede llevarse a cabo de forma chovinista. La solución sionista de la cuestión judía sólo puede lograrse en combate contra los árabes. Y, para ello, los fascistas judíos se manifiestan abiertamente a favor de esta lucha, mientras que los demás la aceptan manteniendo la boca cerrada o pronunciando frases hipócritas. Los propios judíos no pueden satisfacer los deseos sionistas, sino que se ven obligados a convertirse en aliados del imperialismo británico. El imperialismo británico utiliza la oposición árabe-judía para sus propios fines. El sionismo se convierte en un instrumento de la lucha británica contra los esfuerzos de independencia nacional de los árabes. En las condiciones de Palestina, el sionismo sólo puede surgir con ropaje capitalista. Los judíos están obligados a ser

capitalistas para ser nacionalistas, y tienen que ser nacionalistas para ser sionistas. Están obligados a ser no sólo capitalistas, sino capitalistas en una forma extremadamente reaccionaria. Como minoría, no pueden ser democráticos sin perjudicar sus propios intereses; y como ávidos de tierras, tienen que adoptar una posición contraria a la reforma agraria, uniéndose a los feudales árabes contra los fellahin. No sólo son reaccionarios ellos mismos, sino que dan fuerza a la reacción árabe. Los fellahin son expulsados de la tierra que los effendis venden a los judíos. La parte del suelo que queda para los effendis se convierte en plantaciones, los fellahin se convierten en trabajadores asalariados. El avance del capitalismo en Palestina y la agudización de las oposiciones capitalistas por medio del sionismo son revolucionarios, pero sólo en el mismo sentido en que todo el capitalismo es revolucionario; no concierne a la población trabajadora. La clase obrera sólo puede tomar nota del asunto y a través de sus propias intrusiones en el proceso, a través de la representación de sus intereses económicos directos como trabajadores asalariados, ayudar a impulsarlo. La agudización de las oposiciones capitalistas redonda en interés del proletariado, pero éste no puede ponerse ni del lado de los árabes ni del de los judíos; no puede tomar partido ni por el reparto del suelo ni por su control a través de los señores feudales o de las sociedades judías. Sólo

puede ser completamente internacionalista y, por tanto, completamente inmune a todos los conflictos palestinos. Tiene que atacar al explotador directo más inmediato sin importarle las consecuencias en el plano nacional. En cuanto hace algo más que eso, representa a estos o aquellos intereses capitalistas. Cualquiera que sea sionista debe, especialmente ahora con la instalación de la crisis y con el crecimiento del desempleo en Palestina, recorrer todo el camino hacia el fascismo. Sobre la base del sionismo, los cada vez más empobrecidos "blancos pobres" adquieren cada vez más conciencia de raza y copian contra los árabes lo que Hitler emprendió contra los judíos en Alemania. Los árabes sólo pueden responder de la misma manera. Cualquier otro tipo de sionismo que no sea este fascista no puede existir. A partir de las condiciones actuales en Palestina, los judíos deben aprender a comprender que se hacen ilusiones cuando piensan que en Palestina pueden eludir las luchas de clases del capitalismo. Deben aprender a comprender que es muy indiferente dónde se instalen, que en todas partes, incluida Palestina, sólo tienen una tarea: la de dejar de lado las relaciones capitalistas. Todos los demás problemas son imaginarios; no conciernen a la clase obrera.

Los camisas pardas del sionismo

*Por Walter Auerbach*⁷

Pocos días después del fin de la huelga y revuelta árabes en Palestina, dos árabes insospechados e inofensivos, que pasaban por la ciudad judía de Tel Aviv en un carruaje, fueron tiroteados y heridos por "asaltantes desconocidos". Desconocidos por la razón de que escaparon. Todo el mundo, incluida la policía, sabe que se encuentran en las filas de los "revisiónistas" o nacionalistas sionistas extremistas que nunca han ocultado su afición a la "acción directa" y al terrorismo. Ni que decir tiene que son muy ruidosos, pero poco convincentes, al proclamar su inocencia y hablar de "calumnias marxistas". Sin embargo, la lucha contra los árabes, una lucha en la que se pueden emplear todos los medios, es uno de los principios rectores del revisionismo que se ha ganado con justicia el nombre de fascismo sionista. Y merece la pena señalar que el ultraje de Tel Aviv fue precedido por declaraciones de fuentes revisionistas autorizadas que están cerca de abogar por el empleo de tácticas terroristas. En una declaración sobre la situación en Palestina, hecha el 9 de septiembre de 1936, *Vladimir Jabotinsky*, Duce del fascismo judío, dijo:

⁷ Fuente: Abner Barnatan [Walter Auerbach] *International Council Correspondence for Theory and Discussion*, Vol. III, No. 4, abril de 1937. Transcripción inglesa de <https://criticadesapiedada.com.br/>.

"Durante las primeras semanas de la lucha, el ejercicio de la moderación sirvió a un propósito útil. Demostró que el judío, cuando está armado, se contenta con defenderse y no ataca ni trata de vengarse. Por esta razón, veté todo pensamiento de represalia; pero ahora considero mi deber proclamar que he retirado mi veto".

Esta señal inequívoca a favor del terrorismo fue complementada unos días más tarde por una declaración del órgano vienés de los revisionistas, la "Nación", refiriéndose a la situación en Palestina: "Sucede hoy en día que los periódicos judíos de Palestina publican informes, escondidos en letra pequeña entre noticias sin importancia, de árabes asesinados aquí y allá en Palestina, de árabes heridos, de judíos detenidos y acusados, etc. Los periódicos judíos publicados fuera de Palestina ocultan aún más los hechos. Hablan de árabes asesinados por árabes. ¿De qué sirve todo este lavado de ojos? ¿Es culpa nuestra que el mundo nos obligue a seguir su camino? El mundo de hoy no entiende otro lenguaje que el de las armas, las ametralladoras y las pistolas. Ahora nosotros también empezamos a aprender este lenguaje. Que no se olvide que el nuestro es un pueblo con talento. Hemos aprendido fácilmente muchas lecciones. Ha llegado el momento de aprender *el lenguaje del fuego y la sangre*". Los disparos en Tel Aviv proporcionan el eco a esta incitación.

Los judíos no son un pueblo elegido. En un aspecto, son como las demás naciones sometidas al capitalismo, hasta el punto de que existe incluso un fascismo judío. Esto puede sorprender al observador casual, inclinado a considerar el fascismo como un tipo de antisemitismo o, al menos, vinculado al antisemitismo. Pero hay que recordar que el fascismo clásico, el de Mussolini, nunca fue antisemita. El fascismo es una epidemia internacional, aunque en cada caso profundamente nacionalista. Sus raíces son básicamente las mismas en todos los países, y cabe señalar que la epidemia no se ha detenido a las puertas del gueto ni en la frontera de Palestina.

Los principales portadores de gérmenes del fascismo judío son en todas partes las clases medias bajas, aunque las tendencias fascistas no se limitan sólo a ellas. Desde la guerra, casi en todas partes se encuentran entre dos fuegos. Por un lado, cada vez les resulta más difícil escapar del pauperismo; pero nada les horroriza más que la idea de convertirse en proletarios. Sin embargo, ése es su destino. En su lucha por escapar de él, su odio se vuelve contra la clase obrera. Miran hacia atrás, hacia la historia, hacia el pasado que nunca vuelve; y como luchan contra su inevitable sumersión en la gran masa del proletariado, son presa fácil de todo demagogo que les promete el retorno de la Edad de Oro. Esta es la función peculiar del fascismo, nacido a su vez de la misma urgencia, que los

atrae con sus estridentes gritos de guerra de "unidad nacional" y "bienestar común". En lugar de lograr la unidad con las clases inferiores, se permiten soñar con ascender a los estratos sociales superiores. Pero el paraíso al que les conduce el flautista de Hamelin del fascismo resulta ser inevitablemente el Estado servil en el que las clases medias son aplastadas y explotadas como nunca. Los judíos no han podido evitar esta contaminación.

Su *situación anormal* favoreció la propagación de la enfermedad. A la temible necesidad económica a la que están sometidos en todos los países de Europa del Este, y en Alemania, se añaden también la persecución nacional, la retirada de derechos políticos e incluso un brutal terror físico. Mientras que los obreros con conciencia de clase de entre ellos participan en la lucha social de estos países con vistas a resolver su propio problema nacional como subproducto de la victoria del socialismo, la presión a la que están sometidos genera un nacionalismo exacerbado entre los numerosos elementos pequeñoburgueses. El hecho de que muchos países que antes absorbían a los emigrantes judíos estén ahora cerrados a ellos (EE. UU., Canadá, Sudamérica), crea la impresión de que el sionismo es la única solución y Palestina su "Tierra Prometida". Para ellos, la inmigración a Palestina significa la esperanza de un futuro mejor. Cada vez que el sionismo se muestra incompatible con la realidad, más campo fértil encuentran

los demagogos. Para las masas desesperadas, todo tipo de curanderismo es atractivo. Tomemos, por ejemplo, el plan propuesto recientemente por los revisionistas, que prevé el asentamiento en Palestina "a ambos lados del Jordán" de un millón y medio de judíos en los próximos diez años. Obviamente, este plan, ampliamente publicitado y presentado con bombo y platillo, es manifiestamente absurdo. Sin embargo, Jabotinsky es aclamado como un Mesías por muchos de los empobrecidos judíos orientales que se aferran a cualquier paja.

En lo que respecta a la propia Palestina, la mayoría de los judíos que llegaron aquí proclaman sinceramente la necesidad de una "restraficación" del pueblo judío. Al convertir a los antiguos comerciantes, intermediarios y "aviadores" en trabajadores agrícolas e industriales productivos, la estructura social del pueblo judío se verá profundamente alterada; los judíos deben ser "Normalizados", para usar la frase actual. Esta idea, que es esencial para el sionismo, como para cualquier otro nacionalismo, se complementa a menudo con vagos conceptos de una sociedad socialista en Palestina. Pero hay otro grupo de inmigrantes compuesto por comerciantes, intermediarios y otros elementos improductivos que no están dispuestos a ajustar sus vidas a las nuevas condiciones. Para este último grupo, Palestina no es más que un refugio en el que continuar su papel

parasitario. Este grupo dentro de la comunidad judía y del movimiento sionista, que lucha por preservar su identidad como distinto de la clase obrera, es *la base social del fascismo judío*.

Jabotinsky defiende una "revisión" del sionismo oficial al que acusa de "traición nacional" y - ¡"marxismo"! Los métodos son siempre los mismos... Los revisionistas acusan al Ejecutivo sionista de "ser la agencia de los intereses árabes y supuestamente británicos, y no de los judíos". Son *nacionalistas acérrimos*, cien por cien sionistas. Para ellos el sionismo oficial es "la renuncia a Sión". Su programa mínimo prevé el establecimiento de un *Estado judío a ambos lados del Jordán*, es decir, incluyendo el territorio bajo mandato de Transjordania, y basado en una mayoría judía en el país.

Firmemente convencido "de que *no puede haber reconciliación espontánea con los árabes de Palestina, ni ahora ni en el futuro*", Jabotinsky rechaza la idea de una paridad política entre los dos pueblos y exige la creación de una *fuertza militar judía* como condición indispensable para la realización de sus objetivos. "El sionismo es imposible sin una Legión judía... *Todo el pueblo judío debe convertirse en un pueblo en armas*". La creación de esta Legión también es declarada por los revisionistas como "una necesidad primordial para la seguridad del Imperio Británico". Al

mismo tiempo, se declaran dispuestos a proceder "con, sin o contra los británicos". Esta fórmula flexible esconde una tendencia proitaliana que últimamente se ha acentuado. Las formaciones militares de los revisionistas (curiosamente sus camisas son pardas) son consideradas como el núcleo de la Legión cuyo propósito es romper por la fuerza la oposición de los árabes a la penetración sionista y lograr un "hito" y posiblemente más de uno.

Se ha observado a menudo que existe un gran parecido entre la fraseología del revisionismo sionista y la del nacionalsocialismo alemán. Pero el parecido no es sólo de palabras. Los revisionistas luchan contra "la creciente preponderancia de las organizaciones obreras". Protestan contra las subvenciones concedidas por el movimiento sionista oficial a los asentamientos mantenidos por los trabajadores judíos. Insisten en que la iniciativa privada es más importante que los fondos públicos. Se acusa al movimiento obrero sionista de "intransigencia y ansia de poder", de "insistencia innecesaria en los conflictos sociales", de "aplicación dogmática de la teoría de la lucha de clases que procede de Europa". Todo esto es de lo más absurdo, ya que todo observador objetivo se ve obligado a admitir que el nacionalismo extremo es el principio y el fin de la política seguida por la Federación Obrera Judía en Palestina. Esta política está completamente subordinada, tanto en la teoría como en la práctica, al

nacionalismo sionista y renuncia a todo lo que esté remotamente relacionado con una política de clase independiente. A pesar de estos hechos bien conocidos e irrefutables, los sindicatos ultramoderados, que constituyen el grueso del Partido Laborista Sionista, son acusados por los revisionistas de tendencias marxistas y bolchevistas, así como de "sacrificar los ideales al becerro de oro". "Se exige el arbitraje laboral obligatorio para asegurar la "subordinación de todos los intereses particulares a las necesidades primordiales de la unidad nacional". ¿No es obvio que, en todo caso, este programa "deriva de Europa"?

La organización revisionista fue fundada en abril de 1925 por Vladimir Jabotinsky, periodista sionista ruso, que había organizado un cuerpo de voluntarios judíos en Alejandría durante la guerra mundial para servir en el frente de Galípoli. Incluso en esa fecha tan temprana defendía una política de poder, primero contra Turquía, durante algún tiempo contra Inglaterra, y siempre contra los árabes y los trabajadores. En 1920, Jabotinsky, entonces teniente, fue expulsado de Palestina por los británicos por organizar formaciones ilegales. En 1923 hizo un pacto, a espaldas de la Organización Sionista oficial, con el representante del general "blanco" ucraniano y feroz cebador de judíos Petlyura, para la creación de un cuerpo judío en el marco de una Guardia

Blanca antibolchevique en Ucrania. Cuando la intriga se filtró, se produjeron violentas protestas de las organizaciones obreras judías que obligaron a Jabotinsky a dimitir del Ejecutivo de la Organización Sionista. Esto dio al "*enfant terrible*" su oportunidad de desempeñar su papel mesiánico con venganza. Se convirtió en "líder" y, copiando el movimiento hitleriano, construyó una organización estrictamente autoritaria y militarista basada en la dirección centralizada, el "principio del Líder" y un increíble culto a la personalidad del "Líder".

Los adherentes del movimiento en Palestina, complementados por los tradicionales reclutas judíos mizrahi, llevan a cabo una campaña contra los trabajadores socialistas que supera con creces incluso su ofensiva terrorista contra los árabes. También en Palestina, el "exterminio del marxismo" está en el orden del día. También aquí hay que "aplstar" a las organizaciones obreras. Los revisionistas organizaron a los rompehuelgas, sus actividades resultaron en presionar sobre la norma salarial. Desfilando con sus camisas pardas por las calles, hicieron todo lo posible para provocar a los obreros. Atacaron mítines (un mitin en honor de Brailsford, el socialista inglés, fue bombardeado a pedradas por sus hooligans) y organizaron bandas para apalea a los oponentes políticos. Hace unos años se descubrieron grupos terroristas pertenecientes a su partido en Jerusalén

y en Tel Aviv. En 1933 los oradores y periódicos revisionistas llevaron a cabo una increíble campaña de calumnias, en la línea de la reciente campaña de Salengro en Francia, contra el Dr. Arlosoroff, entonces líder del Partido Laborista y miembro destacado del Ejecutivo sionista. El 15 de junio, el Órgano Revisionista culminó su campaña de "fango" describiéndolo como un "traidor al pueblo judío, su honor y su seguridad". Treinta horas más tarde él (el Dr. Arlosoroff) estaba muerto - asesinado en Tel Aviv, la ciudad 100% judía.

Fuera de Palestina se emplean tácticas similares. Los revisionistas acogen con satisfacción la propagación del antisemitismo. No luchan contra él. Más bien lo utilizan para promover sus propios fines. Mientras una ola de persecución y tortura barría Alemania tras el golpe de Hitler, Jabotinsky pronunció un discurso en público en Berlín que era nada menos que una acusación al por mayor de los socialistas dentro del movimiento sionista. El mencionado órgano hebreo de los revisionistas, el "Hasit Ha'am", de 1933, glorificaba a Hitler y presentaba su movimiento como un brillante ejemplo para el sionismo. *Admiran a Mussolini y a Franco.*

En Alemania los revisionistas llevan a cabo redadas en clubes obreros. En otros países realizan ataques contra socialistas. En otras palabras, el peculiar "espíritu" y los

métodos de los Camisas pardas se muestran bastante compatibles con el judaísmo. El revisionismo podría describirse adecuadamente, por utilizar una fórmula matemática, como "sionismo más hitlerismo", o como "hitlerismo menos antisemitismo".

En 1925 Jabotinsky consiguió reunir a cuatro seguidores en el Congreso Sionista. En 1933, sus seguidores obtuvieron el veinte por ciento del total de votos y enviaron cuarenta y cinco delegados al Congreso. Dos años más tarde, abandonaron la Organización Sionista y celebraron una convención separada en la que, según sus propios informes, participaron delegados que representaban a 700.000 miembros de la "Nueva Organización Sionista".

La revuelta árabe de 1936 fue una bendición para estos fascistas, ya que provocó una ola de chovinismo entre los judíos. Los revisionistas están haciendo todo lo posible para sacar provecho de este hecho. Están jugando un juego peligroso, ya que para ellos "una guerra mundial sería la mejor oportunidad de realizar el máximo sionista". Su objetivo es ser reconocidos universalmente como los abanderados de la intransigencia y el maximalismo sionistas. Su lema sigue siendo: "Judea debe renacer a sangre y fuego".

Una aproximación “marxista” a la cuestión judía

Por Paul Mattick y Walter Auerbach ⁸

Los defensores del sionismo, o nacionalismo judío, al igual que los defensores de todas las demás ideologías nacionalistas, se acercan a los trabajadores de muchas maneras. Recientemente, la Poale Zion de Estados Unidos volvió a publicar algunos de los escritos de Ber Borochoy,⁹ quien, hace unos 30 años, trató de aportar el enfoque socialista del sionismo.

Borochoy surgió de la intelectualidad judía de Rusia. En la época de sus actividades, los trabajadores judíos de Rusia habían creado una organización (Bund), que era una organización sindicalista socialdemócrata y antisionista. Consistía en trabajadores industriales que formaron su organización siguiendo el modelo del sindicalismo de Europa occidental. Habían dejado de preocuparse mucho por los problemas nacionales y opinaban que la revolución socialista resolvería también la cuestión judía. Borochoy, sin embargo, pensaba que "quien no tiene dignidad nacional no puede tener dignidad

⁸ Fuente: *Marxismo vivo*, Correspondencia del Consejo Internacional, Vol. 4, no. 5, noviembre de 1938. Transcripción en inglés de <https://criticadesapiedada.com.br/>

⁹ Ber Borochoy, *Nationalism and the Class Struggle. A Marxian Approach to the Jewish Problem*. Poale Zion-Zeire of America. Nueva York, 205 págs., 1,50 \$.

de clase". Intentó demostrar que el sionismo no sólo es la única solución para el pueblo judío, sino también la solución marxista. Observó "la lenta transición de las masas judías de las ocupaciones improductivas a las productivas", y estaba convencido de que sólo en Palestina esta tendencia podría llegar a su plena realización. Opinaba que los judíos no podían esperar al "progreso de la humanidad", ni depender de la asimilación, sino que su liberación de la persecución y la discriminación dependía principalmente de la autoayuda nacional de las masas judías. "El instinto nacional de autoconservación latente en la clase obrera socialista", escribió, "es un nacionalismo sano". Aunque, al principio, concebía que los intereses de clase de los trabajadores judíos seguían siendo los mismos que los de los demás trabajadores, y que el socialismo era el objetivo final, la necesidad inmediata era el sionismo, y la lucha de clases debía lograr ambas cosas.

En el proceso de producción surgen diversas relaciones de producción. Pero la producción misma, argumentaba Borochoy, depende de ciertas condiciones que son diferentes en los distintos lugares. Estas "condiciones de producción", que varían por razones geográficas, antropológicas e históricas, constituyen la base de su idea de que para los obreros judíos el sionismo y el socialismo son idénticos. El nacionalismo de las nacionalidades oprimidas dijo, es peculiar, y el sistema de

producción de las nacionalidades oprimidas está siempre sujeto a condiciones anormales. "Las condiciones de producción son anormales cuando una nación es privada de su territorio y de sus órganos de preservación nacional. Tales condiciones anormales tienden a armonizar los intereses de todos los miembros de una nación. Esta presión externa no sólo debilita y disipa la influencia de las condiciones de producción, sino que también obstaculiza el desarrollo de las relaciones de producción y la lucha de clases, porque se entorpece el desarrollo normal del modo de producción. En el curso de la lucha por la emancipación nacional, sin embargo, se manifiestan la estructura y la psicología de clase". Y por eso sostenía que un "auténtico nacionalismo no oscurece en absoluto la conciencia de clase", que la construcción de Palestina proporcionaría más bien una base real para el desarrollo de la lucha de clases de los judíos encaminada a una sociedad socialista.

En Palestina, que no era en absoluto un país vacío o un hotel internacional como Borochoy y sus contemporáneos trataron de crear, los judíos encontraron una sociedad agrícola feudalista árabe con capital mercantil en las ciudades y puertos. Los judíos inmigrantes eran artesanos del tipo de Europa oriental, comerciantes de Europa occidental y representantes de financieros de Londres, Wall Street y Sudamérica. A ellos se sumaba un

proletariado recién formado de estudiantes, profesionales e intelectuales que, con gran entusiasmo nacional, se pusieron a trabajar en las condiciones más primitivas por el Estado judío.

En Palestina inmigraron mano de obra y capital, pero a pequeña escala. Sin embargo, las condiciones de producción, cada vez más "normales", no condujeron a un desarrollo acorde con los sueños de los sionistas de izquierda. El nacionalismo no fomentó la lucha de clases, al contrario, ésta fue sacrificada a las necesidades de la nación. La conciencia de clase no aumentó, sino que tendió a desaparecer, y el interés "común" entre los árabes creó una armonía casi ideal. En la práctica, el sionismo sólo consiguió atar a los trabajadores judíos a los intereses de sus explotadores y, además, a los planes imperialistas de Inglaterra, que fomentó las aspiraciones judías para sus propias necesidades imperialistas - estratégicas.

Es cierto que con el crecimiento del capitalismo palestino también aumentó la clase obrera. La escasez de mano de obra trajo consigo en la construcción y oficios similares salarios relativamente altos para algunos trabajadores. Otros trabajadores crearon cooperativas que funcionaban como contratistas de la construcción y empresas de transporte. Estas condiciones, sin embargo, no fomentaron la lucha de clases por el socialismo, sino

que infundieron en un gran número de trabajadores la ideología capitalista y condujeron al desarrollo de una burocracia obrera que participaba en la explotación de los trabajadores. Los trabajadores judíos no sólo encontraron a sus viejos explotadores en tierra santa, sino que añadieron algunos nuevos a cambio de las promesas vacías del reformismo.

La "contribución al marxismo" de Borochoy, es decir, el reconocimiento de la importancia de las "condiciones de producción" para el desarrollo de la lucha de clases, hasta ahora sólo ha servido a los intereses capitalistas e imperialistas. Al señalar a Palestina, los sionistas impidieron que los obreros judíos participaran en la lucha de clases; en Palestina señalan ahora al otro lado de la frontera. La solución sionista de la cuestión judía sólo pasa por el combate con los árabes. En las condiciones de Palestina, el sionismo sólo puede surgir con ropaje capitalista. Los judíos están obligados a ser capitalistas para ser nacionalistas, y tienen que ser nacionalistas para ser sionistas. Están obligados a ser no sólo capitalistas, sino capitalistas en una forma extremadamente reaccionaria. Como minoría, no pueden ser democráticos sin perjudicar sus propios intereses; y como están ávidos de tierras, tienen que luchar contra la reforma agraria, uniéndose a los feudalistas árabes contra los fellahin. No

sólo son reaccionarios ellos mismos, sino que prestan fuerza a la reacción árabe.

Los últimos veinte años de práctica sionista han demostrado suficientemente que el nacionalismo judío no menos que cualquier otro nacionalismo ha obstaculizado el desarrollo de la lucha de clases. Mantener el nivel de vida de los trabajadores judíos en un nivel semicivilizado sólo fue posible a expensas de los trabajadores árabes. La discriminación contra la mano de obra árabe practicada por los sindicatos judíos y los patrones judíos no creó solidaridad sino odio nacionalista entre los trabajadores. Todas las frases biensonantes sobre la solidaridad con los obreros árabes se desvanecieron cuando fueron puestas a prueba en las huelgas de 1936; en cambio, la burocracia obrera sionista logró que los obreros judíos defendieran la propiedad de sus patrones. La burocracia obrera y las peculiaridades nacionales impidieron que los desempleados lucharan por el socorro, porque de lo contrario los británicos podrían detener la inmigración. La escasez de en la agricultura palestina, llevó a la creación de cooperativas de pioneros hambrientos, las llamadas "comunidades" (Kvutots), fue mérito de los borochovistas nombrar a estas cooperativas el "sector socialista" de la economía de Palestina, y aclamarlas como "puestos avanzados del socialismo". Pero también en este caso los sionistas sólo ocultan tras atractivos eslóganes la

naturaleza capitalista y el carácter explotador de estas instituciones.

El sionismo sólo puede servir al capitalismo. El propio Borochoy, al principio sólo interesado en el movimiento sionista para fomentar la lucha de clases, olvidó más tarde sus intenciones originales y se pronunció a favor de la colaboración de clases. Ya no añadía al proletariado, sino a "toda la población judía", que no debía "ceder a la idea de que los judíos desaparecen entre naciones y culturas ajenas". A pesar de que incluso un "internacionalista" como León Trotsky afirma hoy "que el problema judío debe resolverse mediante la concentración territorial", el nacionalismo hoy sólo puede ser chovinista, sólo puede conducir al fascismo judío que propugna abiertamente la lucha contra los árabes. Y los no fascistas aceptan esta lucha guardando silencio o pronunciando frases hipócritas. Y sólo el reconocimiento de su débil posición les impide encontrar un lugar entre las "naciones agresoras", y les obliga a jugar a ser siervos del imperialismo británico. Hoy existe un informe de una comisión real que recomienda la partición de Palestina y la creación de un Estado judío autónomo. Independientemente de que esta propuesta llegue a realizarse, el hecho es que los propios judíos no pueden cumplir los deseos sionistas, sino que se ven obligados a seguir siendo aliados del imperialismo británico.

Es cierto que el avance del capitalismo en Palestina provocado por el sionismo y la agudización de los antagonismos capitalistas son "revolucionarios", pero sólo en la medida en que todo el capitalismo es revolucionario; no concierne a la clase obrera. La agudización de las contradicciones capitalistas sirve ciertamente a los intereses revolucionarios de la clase obrera, sin embargo, como el proletariado tiene que hacer una revolución internacional, no puede apoyar cuestiones nacionalistas, no puede fomentar ni a los árabes ni a los judíos. Tiene que permanecer inmune a toda infección nacionalista y debe concentrarse en el conflicto entre el capital y el trabajo determinado por las relaciones de producción. No hay solución nacional para los obreros judíos, como no hay posibilidad de encontrar nunca la paz dentro de los demás países. La cuestión judía es insoluble dentro de la barbarie capitalista de hoy. No tiene sentido cerrar los ojos a la realidad, por difícil que sea, sí, por imposible que sea en muchos casos impedir las atrocidades especiales contra la población judía, Palestina no es ninguna solución. El capitalismo significa la prolongación de esta situación de barbarie. La tarea de los trabajadores judíos es la tarea de todos los trabajadores, acabar con el sistema internacional de explotación capitalista.